

José María Álvarez Martínez

## La influencia alemana en los inicios de la Arqueología e Historia Antigua españolas

Los estudios clásicos en España pasaron por varias vicisitudes desde su comienzo efectivo allá por el Renacimiento. Fue entonces el momento en que varios eruditos se dedicaron a tomar nota de todo lo que encontraban, bien en sus viajes para analizar diversos monumentos que nos legaron los romanos, bien acudiendo a colecciones, particularmente epigráficas, que las familias más notables reunían en sus casas como un hecho de prestigio.<sup>1</sup>

Representó, por tanto, la etapa renacentista, como sucedió en otros lugares de la geografía europea, un período de reconocimiento, de descubrimiento de la realidad arqueológica peninsular.<sup>2</sup> Incluso, los propios monarcas alentaron los estudios de los eruditos. El propio Felipe II, celebrado en inscripciones de la época como *protector antiquitatum* (Gimeno Pascual 1998: 29-30), llegó a comisionar al cordobés Ambrosio de Morales con el fin de que se desplazara a diversos lugares para tomar apuntes para su magna obra *Crónica General de España*. Por otra parte, el papel de nuestros humanistas, como es sabido, fue muy notable en el contexto de la cultura de entonces.

Este camino emprendido por los estudiosos de nuestro pasado clásico en el Renacimiento, no fue continuado con el vigor y la competencia necesarios en las etapas sucesivas.

---

<sup>1</sup> Sobre el coleccionismo en el Renacimiento: Morán/Checa (1985). Sobre el coleccionismo en general y en Andalucía en particular: Lleó Cañal (1995: 57 ss.). Unos breves apuntes sobre las primeras colecciones emeritenses: Álvarez Martínez/Nogales Basarrate (1988).

<sup>2</sup> Sobre esa visión renacentista del mundo clásico resultan fundamentales: Weiss (1969); Haskell/Penny (1981). Para el caso español, las monografías de Gil son reveladoras de la idiosincrasia de esos espíritus ilustrados (Gil Fernández 1981, 1984).

Durante el Barroco, la única preocupación, que se extenderá hasta prácticamente finales del siglo XIX, fue la de entroncar todas y cada una de las regiones y poblaciones con momentos estelares de la Historia, al tiempo que la de parangonar monumentos locales con otros bien conocidos y celebrados. Por poner un ejemplo bien cercano para nosotros, el gran cronista del siglo XVII, Bernabé Moreno de Vargas, fuente fundamental para los estudios de arqueología emeritense hasta hoy, no tuvo empacho alguno, como todo historiador de la época que se preciara, en retrotraer la fundación de Mérida, la antigua *Emerita*, que, como todos sabemos, tuvo lugar el 25 a.C. según el texto de Dion Casio, a tiempos muy remotos y legendarios, cuando pululaba por esos contornos el legendario personaje Tubal.<sup>3</sup> Por otra parte, ejercicio corriente en la época, el templo existente en el centro de la población y que en el siglo XVI fue ocupado por el Señor de Villamesía para construir allí su mansión, fue considerado por él, a imagen y semejanza del de Efeso, una de las siete maravillas del mundo. De ahí el nombre con el que le bautizó, «Templo de Diana», que ha hecho fortuna hasta hoy (Álvarez Martínez 1976: 43-54).

Los estudios clásicos, con contadas excepciones, no fueron precisamente una constante.

La centuria ilustrada tampoco lo fue tanto para nosotros, en lo que atañe a la parcela arqueológica. No se supo, o no se pudo, estar a la altura de otros países europeos como Italia, Francia, o Alemania, donde se llevaron a cabo proyectos de consideración como las excavaciones en Campania (Pompeya, Herculano, Estabia), precisamente alentadas por quien iba a ser nuestro futuro monarca, Carlos III, y bajo la dirección del ingeniero aragonés Roque Joaquín de Alcubierre, y de cuyo inicio ahora se cumplen 250 años, o la formación de grandes museos y colecciones que cambiaron el rumbo de los estudios de la antigüedad clásica.

Fue a partir de la segunda mitad del siglo cuando tímidamente se sucedieron hechos aislados por influencia de la realidad europea. Así surgieron los primeros museos públicos, entre ellos el denominado «Jardín de Antigüedades» en Mérida, o el que el Ayuntamiento de la ciudad

---

<sup>3</sup> En la obra del cronista emeritense se hallan constantemente referencias a ese pretendido origen legendario de la ciudad y una magnificación de sus monumentos más señeros (Moreno de Vargas 1633).

dispuso a la entrada de la misma por el Puente romano, como «muestra de la grandeza de Mérida y su antigüedad» (Álvarez Martínez/Nogales Basarrate 1988: 17).

Con tibieza, igualmente, se iniciaron algunas excavaciones en lugares emblemáticos como *Segobriga*, por Cornide, bajo el patrocinio de la Real Academia de la Historia, o Mérida, donde el portugués Villena, bajo los auspicios del Príncipe de la Paz y, a imitación de lo que los Borbones habían realizado en Pompeya y Herculano, pudo efectuar durante dos años exitosas campañas en el Teatro y en el área central de la ciudad.

Pero la labor más considerable se desarrolló bajo el impulso de las Academias, quienes comisionaron a varios eruditos para que anotaran todos los edificios, inscripciones y esculturas de interés que pudieran conocer de cara a su publicación. Los viajes del catedrático Pérez Bayer de la Universidad de Valencia, lamentablemente nunca publicados, revisiten un gran atractivo por la minuciosa descripción que el sabio levantino hizo de todo lo que vio, fundamentalmente epígrafes. En la misma línea se inscribe la labor del malagueño D. Luis Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores, quien bajo la protección de Ensenada también recorrió los puntos del mayor interés con el fin de anotar sus reliquias para la magna obra que preparaba y que la caída del político impidió su publicación.

Pero no se emprendieron grandes excavaciones y, a excepción de algunos grandes historiadores y anticuarios, como el Padre Flórez, nada de provecho se hizo. Los eruditos y estudiosos seguían, como en el Barroco, intentando averiguar los preclaros orígenes de sus ciudades e igualmente tratando de descubrir el lugar de emplazamiento de las urbes de la antigüedad que conocían a través de las fuentes antiguas, monedas y epígrafes, y de identificar los grandes campos de batalla, como *Munda*, o Numancia. Pero, al contrario que en otros países, en la Universidad no había atisbo alguno de potenciar los estudios de arqueología, que quedaban en manos de anticuarios.

El siglo XIX fue en España una centuria casi perdida para la arqueología. Se sucedieron expolios desde la Guerra de la Independencia; se padecieron las consecuencias de la Desamortización y se destruyeron, con el señuelo del progreso, zonas arqueológicas significativas a causa del «ensanche» de las ciudades.

Por lo que concierne a los estudios de Arqueología Clásica todo se limitaba a investigaciones de carácter historicista, en la línea que marcaban tanto la Real Academia de la Historia, como luego la Escuela de Diplomática. Sólo parecían interesar los estudios epigráficos, numismáticos y mitológicos, así como las fuentes históricas; poco importaban los descubrimientos arqueológicos en una actitud un tanto «de espaldas a Europa», cuyos más cultos países se daban a importantes descubrimientos en Grecia, Italia, o el Oriente Próximo. Aquí seguíamos con nuestras glorias patrias y con la geografía histórica, en lo que estaba más relacionado con los campos de batalla, con las mismas interrogantes de siempre a propósito de los emplazamientos de *Munda*, donde se dirimió la suerte de César, o de *Numantia*, cuya identificación, ya sugerida por algunos eruditos de la pasada centuria, fue asegurada por el gran investigador D. Eduardo Saavedra, Académico de la Real de la Historia, y autor de una labor impagable en el estudio de las vías romanas.

Pero no todo era así en aquella España convulsa y sin rumbo durante tanto tiempo. Hubo excepciones y además de los nombres ya referidos, Saavedra etc., hubo uno bien interesante, que recientemente ha sido justamente reivindicado por el Prof. Luzón, Don Basilio Sebastián Castellanos de Losada, conservador del Museo de Antigüedades y Medallas de la Biblioteca Nacional y titular de la primera cátedra de Arqueología que existió en España (Luzón Nogué 1993: 271-275).

En 1844 escribió su *Compendio elemental de Arqueología* con la intención de impartir por primera vez la disciplina en la Academia Española de Arqueología, que él llegó a fundar a finales de la década de los treinta. Desde ella, durante el tiempo que estuvo vigente, intentó fomentar el estudio de las antigüedades de España, creando varias cátedras y estableciendo una red de diputaciones y colaboradores en el país y en el extranjero.

Su labor fue importante. Sólo los celos de la Real Academia de la Historia y su excesiva vinculación a la casa real, por lo que fue interesadamente acusada por muchos de elitista, acabaron con ella y así, en el año de la Revolución, el 31 de Octubre de 1868, fue clausurada.

Pero lo que tiene de interés para nosotros es la figura de Castellanos de Losada y su pensamiento, que la Academia intentó transmitir a la vista del desolador panorama en materia arqueológica que vivía el país.

En su *Compendio* antes referido, en su página VIII, llega a decir: «He aquí por la que citamos en este compendio las obras alemanas latinas, como las mejores fuentes de la Arqueología, sintiendo en el alma no poseer con perfección la lengua de tan ilustrada nación, para conocer mejor sus adelantos ...» Entre las obras que citaba se encontraban títulos de Christ, Ernesti y Winckelmann.

La tradición historiográfica alemana y los resultados que habían obtenido eran objeto de admiración para este pionero de la arqueología española. A tanto llegó esa admiración ante el prestigio de la ciencia alemana, que decidió fundar una Academia para el aprendizaje de su lengua con D. Juan de Hartzembusch (Luzón Nogué 1995: 1 ss.).<sup>4</sup>

Desde luego, esos estudios basados en la crítica del arte antiguo, con los aportes de la filología clásica, tuvieron gran predicamento con figuras como Theodor Mommsen.

### Emil Hübner

Y en aquellos momentos en los que la arqueología trataba de obtener su lugar en las instituciones que de alguna manera la cobijaban, como el propio Ateneo, la Escuela de Diplomática, el Museo Nacional de Antigüedades, que se iba configurando en el de Ciencias Naturales, surge la presencia de Emil Hübner (fig. 1).

Hübner llegó a España con 26 años en 1860 (había nacido en 1834) con el encargo de la Academia de Berlín de estudiar la posibilidad de recopilar todas las inscripciones romanas existentes en la Península con destino a la magna obra: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, y en el que el elenco hispano iba a constituir su volumen II. Su estancia, de 20 meses, fue bien aprovechada, pues llegó a conocer lo más significativo en materia arqueológica de España y Portugal y a recopilar ya los primeros epígrafes.

Durante esa fructífera estancia pudo conocer a muchos de los que serían sus colaboradores y corresponsales, quienes quedaron prendados ante la sólida formación del alemán y su hombría de bien, unida a una

---

<sup>4</sup> Tampoco es de olvidar su admiración por la arqueología italiana, dirigida entonces por varios de sus maestros (Balil Illana 1991: 57-58).



Fig. 1: Emil Hübner  
(de *Madriдер Mitteilungen*)

natural sencillez, que le llevaba a tratar con deferencia a todos los que se relacionaban con él, sin perjuicio de mostrar taxativamente su opinión, contraria en muchas ocasiones a la de sus interlocutores, cuando era menester.

A este respecto no me resisto a contar una *affaire* que tuvo con el conocido coleccionista, epigrafista y académico Marqués de Monsalud, que iba formando una colección de antigüedades romanas y visigodas en Almendralejo y a quien llegó a afirmar sin ambages que unos epígrafes que había adquirido eran falsos de toda falsedad. Esta afirmación lanzada a bote pronto por el alemán disgustó sobremanera al aristócrata, quien, herido en su amor propio, expresaba a su mentor, el también epigrafista Fidel Fita, su enojo ante la «suficiencia del doctor», como así denominaba Monsalud a Hübner (García Iglesias 1997: 109, 162 y nota 808). La cosa no pasó a mayores y, una vez que recapacitó, el marqués siguió enviando a Berlín para su dictamen calcos y calcos de nuevas inscripciones que aparecían y que luego publicaba Monsalud en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*.

Fruto de esa primera estancia fue la publicación de una ilustrativa Memoria sobre su viaje, que presentó a la Academia de Berlín (Hübner 1861). En ella vertía comentarios sobre la arqueología española y portuguesa y se refería a sus monumentos más señalados. A su vez, incluía un interesante apéndice sobre los guerreros galaicos, que tanto nos impresionan cuando visitamos Guimarães, o el Museu Nacional de Arqueología de Lisboa y que ya había publicado en *Archäologische Zeitung*, con el título: *Statuen gallischer Krieger in Portugal und Galicien*.

Un año más tarde, en 1862, igualmente en Berlín, editaría su conocida obra *Die antiken Bildwerke in Madrid*, sobre los fondos, funda-

mentalmente escultóricos, existentes en las más conocidas instituciones y colecciones privadas de Madrid y de algunas ciudades como Sevilla, Lisboa, Mérida. Fue el primer catálogo serio y sistemático sobre nuestras series arqueológicas más singulares, realizado con ese criterio tan en boga en la época de relacionar esculturas con los grandes modelos de la antigüedad clásica.

Para Gómez-Moreno la llegada de Hübner supuso, ante el desolador panorama de los estudios de arqueología clásica, «la irrupción de la ciencia en la Arqueología Clásica española». Al tiempo que el sabio profesor español valoraba, décadas más tarde de su publicación, el catálogo de Hübner como fundamental en su tiempo, como difusor que fue de la escultura y de las artes del mundo clásico en España, significaba también que su carácter estaba ya superado por los continuadores de Hübner, los también profesores alemanes Arndt y Amelung, quienes, con criterios más actuales, habían dejado de lado esa búsqueda exclusiva del modelo de las grandes composiciones del arte antiguo y se habían ceñido más a valorar las copias de los grandes maestros, y las composiciones que nos legó el mundo helenístico, como una forma de acercarse más a su personalidad y a su estilo (Gómez-Moreno 1912: 8-9).

Por fin, en 1869, tras otros viajes efectuados, vió la luz el ansiado segundo volumen del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, al que el epigrafista español Manuel Rodríguez de Berlanga llegó a definir como monumento imperecedero erigido por la Alemania contemporánea a la Hispania romana.<sup>5</sup>

En 1871 salían sus *Inscriptiones Hispaniae Christianae*.

Sucesivamente, en 1892 el *Supplementum* al volumen II del *Corpus*; en 1893 su *Monumenta linguae ibericae* y en 1890, un año antes de su muerte, el *Supplementum* de las *Inscriptionum Hispaniae Christianarum*.

Sus múltiples viajes, continuados en 1881, 1886 y 1890, le permitieron conocer la realidad de la arqueología española, algunos de cuyos aspectos, además de los epigráficos, trató y difundió en las más prestigiosas revistas de la época como *Hermes*, *Zeitschrift für Klassische*

---

<sup>5</sup> Sobre Rodríguez de Berlanga, el gran epigrafista y arqueólogo, existe una numerosa bibliografía. Un resumen sobre su personalidad y su obra: Rodríguez Oliva (1991: 99 ss.).

*Philologie y Archäologische Zeitung*. Su relación con los profesionales españoles fue siempre, además de fructífera, afectuosa y entrañable. Así lo he podido apreciar en estos días en la consulta de los archivos del Deutsches Archäologisches Institut, donde figuran cartas de pésame a la institución de parte de los más cualificados arqueólogos e historiadores de la antigüedad españoles. Entre los más allegados habría que citar a Fernández Guerra, Saavedra, Delgado, Berlanga, Mélida, Fita, el portugués Martins Sarmiento etc.

Fruto de ese conocimiento que adquirió sobre la arqueología española son sus duras palabras sobre el mal estado de la arqueología en nuestro país en su *Arqueología española*, editada en Barcelona, en 1880. Se extendía en analizar las deficiencias, que él basaba en la falta de medios y de bibliotecas especializadas, así como en el desinterés de los jóvenes por estas materias y su preferencia por otras actividades (Luzón Nogué 1995: 3-4).

Abundando en su visión de la arqueología española, bien expresada en la monografía anteriormente referida, Hübner dice que lo que él publica en el libro no es otra cosa que unas líneas generales de lo que considera necesario y a tener en cuenta en los estudios de arqueología: noticias geográficas, relaciones de hallazgos de restos arquitectónicos y escultóricos, de monedas etc., lo demás lo tendrán que hacer los eruditos en sus respectivos lugares de estudio:

Los detalles necesarios para servir a la elucidación de las historias particulares de cada una de sus poblaciones antiguas, los han de suplir tareas especiales emprendidas por los sabios o aficionados locales. Añádese a lo que de documentos manuscritos y de libros impresos puede sacarse, lo que en periódicos antiguos ya no existentes se ha notado un día para ser olvidado otro, y lo mismo lo que en las memorias de los ancianos vive, y con ellos muere. Es imposible que el que hoy vive sepa todo lo que han sabido sus antepasados. Pero la historia se compone de los recuerdos de muchos y sólo el que sabe reunir todos estos recuerdos del pasado, puede reconstruir, al menos en fantasía, la imagen verdadera del estado antiguo de una población (Hübner 1899: 155).

El magisterio de este Profesor Asistente en la Universidad de Berlín ya en 1863 y Catedrático desde 1870, llega más allá y así en una carta que envió a su amigo D. Gabriel Llabrés, abogado de Cáceres, en la que refiere la antigüedad de la capital extremeña, y que se publicó en la



*Revista de Extremadura*, además de extenderse en consideraciones sobre la época romana en Cáceres, la antigua *Norba Caesarina* y sobre las entidades que de ella dependían, *Castra Caecilia* (fig. 2) y *Castra Servilia*, dice que para fijar bien la topografía y el urbanismo de la antigua colonia lusitana echa de menos la realización de un mapa de situación de hallazgos que permita una delimitación del perímetro de la ciudad y, si es posible, la identificación de sus regiones, o partes más notables.



Fig. 2: Planta del campamento de «Cáceres el Viejo», *Castra Caecilia* (de G. Ulbert).

A partir de ahí, realiza unas consideraciones que nos parecen del mayor interés, porque, con su magisterio inapelable, trata de reconducir los estudios sobre arqueología e historia antigua en España y de introducirlos en la modernidad. Veamos estas consideraciones:

Un plano muy ligero —está refiriéndose a ese deseado plano de situación de hallazgos que es preciso realizar en los estudios de urbanística antigua— levantado por un arquitecto o ingeniero, ayudado por el anticuario o historiador, vale diez veces más que las recapitulaciones acostumbradas sobre los más antiguos habitantes de la península, con los cuales suelen empezar sin falta todas las monografías no escasas sobre ciudades españolas y cien veces que las frases patrióticas que los hijos de cada una, cuando escriben

su historia, suelen celebrar y ensalzar la importancia de su país natal (Hübner 1899: 154).

Además del plano, seguirá diciendo,

se necesita una segunda cosa cuando se trata de averiguar la coincidencia de una población moderna con una antigua y de investigar su historia primitiva. No exijo excavaciones hechas para este fin, a pesar de que ellas son el procedimiento más radical y cierto para obtener resultados definitivos, pero son muy caras: para España aun no ha venido la época que en otras partes, en Atenas y en Roma, en las más antiguas ciudades de Oriente, en Egipto, y en muchas provincias del imperio romano, a costa de la azada y de la laya, ha aumentado considerablemente y hasta cambiado enteramente nuestro saber. En España basta todavía el trabajo más barato, pero no de despreciarse, de la pluma y del lápiz. En la edad media los documentos de varias clases, así eclesiásticos como civiles, en testamentos y donaciones solían apuntarse indicaciones topográficas muy instructivas. A fines del siglo XVI y en los siguientes principian las crónicas e historias de ciudades, de establecimientos eclesiásticos y civiles etc. No han faltado casi nunca y en ninguna parte los aficionados que iban coleccionando monedas y antigallas y que apuntaban lo que se les ofrecía de esas materias. Esta variedad de apuntes, que suele menospreciarse, o quedar inadvertida, forma un fundamento de la tarea necesaria para recuperar, al menos en parte, lo que la ignorancia y la indiferencia hasta el presente han dejado ocultarse o desaparecer (Hübner 1899: 154).

Este era el método que había empleado en España para sus estudios epigráficos y los de otro carácter. Sabiamente, Hübner enseñaba el camino a los españoles interesados en la arqueología clásica: menos discursos patrios, vicio que se venía arrastrando desde la época barroca, menos proyectos de excavaciones y sí una recopilación de todos los datos que podrían existir sobre una ciudad, o un yacimiento determinado para, luego, actuar en consecuencia.

El interés que mostró por la antigua *Norba Caesarina* demuestra que quedó prendado por las riquezas arqueológicas que le ofreció Extremadura, a cuyo pasado romano dedicó numerosas páginas. Su labor, al decir de Roso de Luna, el conocido erudito de Alcuéscar, fue muy importante, porque, además de darnos buenos consejos, como los que anteriormente hemos referido, puso en su lugar la historia de las más considerables entidades de población, como la referida *Norba* (Sanguino 1901: 132-133), o *Augusta Emerita* (fig. 3), de la que llegó a escribir

unas páginas llenas de sentido sobre su historia y topografía,<sup>6</sup> que aun hoy consultamos los que nos dedicamos al estudio de la antigua capital de Lusitania.



Fig. 3: Detalle del área central de la *colonia Augusta Emerita* (según Golvin, Álvarez Martínez et al.).

Entre los estudios emeritenses, siempre de carácter epigráfico,<sup>7</sup> llegó a realizar una recomposición de varios epígrafes que relacionó con una obra de refección del suntuoso frente escénico (fig. 4) de su Teatro. Lo extraño es que los fragmentos por él considerados eran de diverso material, granito y mármol, de los que tenía noticia por referencias antiguas, pero que no llegó a ver físicamente. Esta diferencia del material la explicó a través de la posibilidad de que se hubieran hecho varias copias del epígrafe que se distribuyeron, como era frecuente en la época, por las zonas más visibles del edificio (C.I.L. II, 478). El trabajo del epigrafista

---

<sup>6</sup> Me refiero a su magnífica introducción al catálogo de las inscripciones emeritense (C.I.L. II, 1869: 52 ss.). Igualmente una buena síntesis sobre la *colonia Augusta Emerita* es la voz *Emerita* (en *R.E.*, V, II, 1905: 2.493 ss.).

<sup>7</sup> Entre otros: Hübner (1894: 465 ss.).

y académico de Extremadura, Luis García Iglesias, ha demostrado claramente que el montaje, bien intencionado y hecho con sentido por el sabio alemán, no se ajusta a la realidad (García Iglesias 1975: 591 ss.).

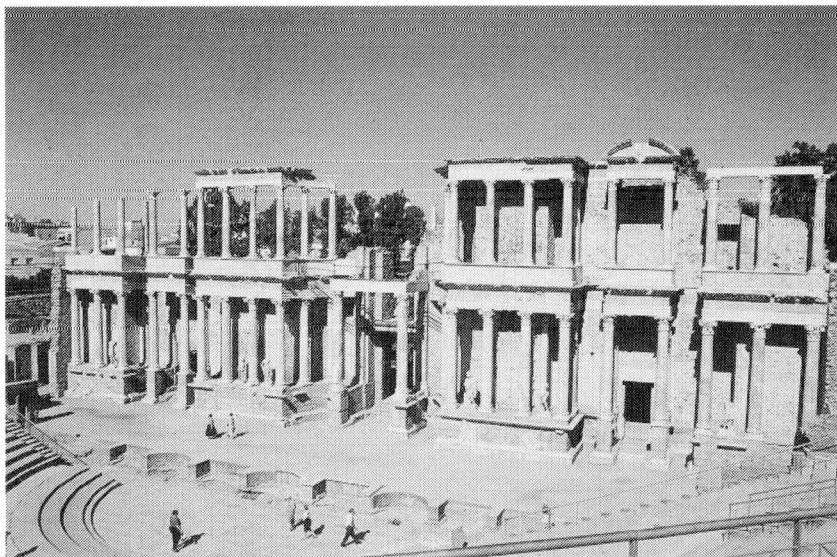


Fig. 4: Vista del frente escénico del Teatro de Mérida  
(Foto: Museo Nacional de Arte Romano).

Otro estudio importante y de primera época fue el que dedicó al Puente de Alcántara (Hübner 1863: 173 ss.), ese «asombro del abismo y del paisaje», que le impresionó en su visita, que pudo realizar de la mano del arquitecto que acababa de concluir su magnífica restauración, D. Alejandro Millán, a quien se lo habían recomendado sus amigos madrileños, D. Aureliano Fernández Guerra y D. Antonio Delgado (fig.5). Esa restauración, bien explicada por mi maestro el Profesor Blanco Freijeiro, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, había logrado devolver su antigua facies a la colosal fábrica (Blanco 1977). Hübner, como no podía ser de otra manera, se ocupó del estudio de sus inscripciones, hoy por cierto en tela de juicio en cuanto a su autenticidad.

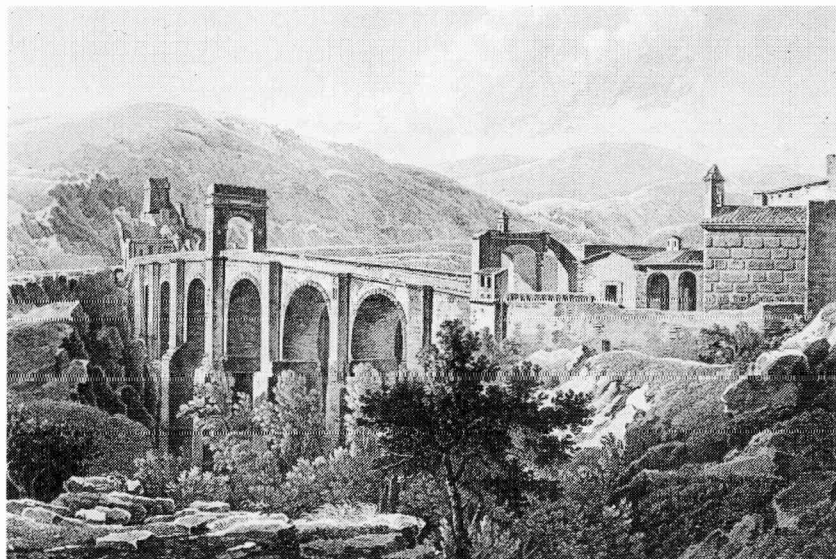


Fig. 5: El Puente de Alcántara, según Alejandro de Laborde.

En materia de museos, el catedrático alemán también pudo colaborar en la difusión de los españoles y portugueses, publicando catálogos sobre sus fondos, como el referido *Antike Bildwerke in Madrid*, o ayudando a configurar algunos de ellos, como el de Reproducciones Artísticas que, creado por Real Orden de 31 de enero de 1877, a impulsos de D. Antonio Cánovas, como expresa dicha Real Orden, «en vista de los excelentes resultados que en beneficio de la cultura general, producen fuera de España, esta serie ordenada de modelos y reproducciones de obras antiguas». Se ubicó en el Casón y fue su primer director D. Juan Facundo Riaño, profesor de Historia del Arte en la Escuela Superior de Diplomática. A los 156 vaciados del Partenón adquiridos al Museo Británico vinieron a añadirse otras réplicas de obras emblemáticas de la antigüedad como el Hermes con Diónisos de Olimpia, que llegó a Madrid cuatro años después de su descubrimiento en la antigua ciudad griega, la *Nike* de Paionios de Mende, o fragmentos del formidable Altar de Pérgamo, que, hallado en 1881, ya tenía su representación en el Museo madrileño tres años después.

Como se puede apreciar a través de la documentación oficial, el Sr. Riaño informaba puntualmente de estas adquisiciones al Ministro de Fomento, a quien refería en sus cartas el gran papel que en ello desempeñaba ese amigo de España, el eminente profesor berlinés Emil Hübner (Santiago 1998: 17).

Fundamental fue su intervención en la adquisición de la *tabula gladiatoria*, en bronce, que apareció en Itálica y cuya desaparición en el mercado internacional llegó a evitar hablando con el propio D. Antonio Cánovas del Castillo, quien la mandó comprar para el Museo Arqueológico Nacional en la cantidad de 25.000 pts (Sanguino 1901: 135).

Las enseñanzas de Hübner no cayeron en saco roto, pues el mismo año de su muerte se tomaban importantes disposiciones que iban a cambiar el rumbo de la arqueología española. Así, en 1901, se aprobaba el Reglamento de los Museos del Estado, que a partir de entonces iban a estar bajo la tutela del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, antes denominados Anticuarios, por lo que el cambio no dejaba de ser significativo. Además, se les dotaba de medios suficientes para que pudieran cumplir sus funciones con garantías, cosa impensable hasta entonces.

La reacción al 98 trajo consigo también, en materia arqueológica, la creación de las cátedras de Arqueología en las universidades españolas, suprimiéndose la Escuela Superior de Diplomática, con lo que el sueño de Castellanos de Losada, el precursor, se hacía realidad. Igualmente, en 1911, la Ley de Excavaciones Arqueológicas venía a regular estos trabajos de investigación.

España, a partir de estos momentos, vivió un inusitado momento de esplendor arqueológico que dio como resultado el inicio de excavaciones sistemáticas en yacimientos claves para comprender nuestro pasado clásico: Mérida, Tarragona, Itálica etc. La comunidad científica internacional reunida en Barcelona, en 1929, en ocasión del IV Congreso Internacional de Arqueología Clásica, pudo percatarse con nitidez del enorme avance experimentado por nuestra arqueología, una nueva situación sin duda propiciada por personajes que, como Emil Hübner, contribuyeron a crearla.

## Adolf Schulten

En este momento de cambios se produce precisamente la llegada a España de Adolf Schulten (fig. 6), quien tanto iba a trabajar por nuestra arqueología, historia y etnología antiguas.<sup>8</sup>

Completamente diferente en su carácter a Emil Hübner, Schulten era un hombre reservado, de pocos amigos, que intervenía en una discusión cuando merecía la pena el interlocutor y que de alguna manera, como apuntan los que juzgaron su obra, no tenía precisamente en alta estima a la ciencia arqueológica española, que, sin duda, en el momento en el que se produce su llegada, no estaba a la altura conveniente, pero que más tarde, merced a los esfuerzos de los arqueólogos e historiadores españoles, salió de su postración y alcanzó una buena altura científica.



Fig. 6: Adolf Schulten  
(de *Madrider Mitteilungen*)

Su carácter reservado y, quizá algo egocéntrico, le privó igualmente de buenas relaciones con sus colegas alemanes quienes, significativamente, dejaron pasar la ocasión de su setenta cumpleaños sin recordar su obra.

Schulten, además, no era tan arqueólogo como Hübner, y, consciente de ello, tuvo la habilidad de rodearse de un buen número de colaboradores, como el general retirado Lammerer, el geólogo de Göttingen,

---

<sup>8</sup> Existen varias biografías de Schulten, además de lo expresado con motivo de su muerte. Destaca la que escribió Pericot con motivo de su 70 aniversario (Pericot 1940). Igualmente una autobiografía fue publicada en Reus, en 1953: *Adolf Schulten: cincuenta y cinco años de investigación en España*. No hemos pretendido otra cosa en estas líneas que trazar unas breves pinceladas sobre su personalidad, su obra y su influencia, bien evidentes, en los inicios de la Historia Antigua española.



Jessen, o los arqueólogos Lippold, Wickert, Kretschmer, para que colmaran sus múltiples lagunas en esta faceta. El fue un buen historiador de la antigüedad, un excelente filólogo y un etnólogo como demostró cumplidamente a lo largo de sus escritos, pero nunca un buen arqueólogo (García y Bellido 1960: 225-226).

Nacido en Elberfeld el 27 de Mayo de 1870, murió en Erlangen, la universidad bávara donde desempeñó la cátedra de Historia Antigua, el 19 de marzo de 1960. Su padre, de familia westfaliana fue un alto directivo de la IG-Farben y su madre era de procedencia renana. Su buena posición económica le permitió desarrollar amplios estudios y adquirir una buena formación de la mano de maestros tan relevantes como Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, quien le preparó con solvencia para acometer futuros trabajos sobre las fuentes clásicas y recorrer, a través de ellas, emblemáticos lugares de la antigüedad, lo que algunos llamaban «geografía histórica». Mommsen, otro de sus maestros, le proporcionó amplios conocimientos de historia social, económica y militar (García y Bellido 1960: 222-223).

En un principio quiso dedicarse al estudio del Africa romana y por ello emprendió un viaje por aquellas regiones gracias a una beca que le concedió el Instituto Arqueológico del Imperio Alemán en 1894-95.

Como muchos alemanes de entonces, quiso conocer España, más por un interés romántico que puramente científico, aunque en su equipaje venía la *Iberiké* de Apiano, cuya lectura le animó a pergeñar un estudio sobre topografía antigua de la Península.

Pero todo cambió en ocasión de un segundo viaje a España, en 1902, cuando desde Garray contempló las ruinas de la inmortal Numancia (fig. 7): ¡Cuántos recuerdos de sus lecturas se agolparon en su mente en ese momento! ¡Cómo recordaba a su maestro Mommsen cuando le hablaba en sus clases del sitio de Numancia, de la gesta de los numantinos! Hombre de su tiempo, ávido de identificar y reconocer el emplazamiento de lugares emblemáticos de la antigüedad, y con su formación en geografía histórica, no lo dudó: ¡Debía excavar Numancia! Y a ello se aprestó.

No fueron en modo alguno fáciles sus gestiones para recabar fondos con los que acometer su proyecto. Pero su tenacidad pudo con todo. Así, con el apoyo de las academias de Göttingen y Berlín, con la ayuda decidida de su maestro Wilamowitz-Moellendorf, a quien dedicaría uno de



los tomos que más tarde escribiría sobre la ciudad celtíbera, consiguió 20.000 marcos que le proporcionó el propio Kaiser Guillermo II y 40.000 que libró el Instituto Arqueológico de Berlín. A esas cantidades se añadieron otras que aportaron los Ministerios de Instrucción Pública de Prusia y Baviera, la Academia de Göttingen y algunos particulares. Así entre 1905 y 1914 pudo realizar su proyecto (Luzón Nogué 1995: 7, 8).



Fig. 7: Detalle de una calle de Numancia (cortesía del Museo Numantino).

Las excavaciones no fueron precisamente un modelo de método arqueológico, pero sus colaboradores le ayudaron a desarrollar su trabajo, levantando planos, por parte del general Lammerer y analizando los materiales. Fruto de ellas fueron los cuatro volúmenes publicados entre 1914 y 1931 en München, dentro de la serie general *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen*, a saber:

- I. «Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom.»
- II. «Die Stadt Numantia.»
- III. «Die Lager des Scipio.»
- IV. «Die Lager bei Renieblas.»

Además, escribió una monografía introductoria en 1905: *Numantia. Eine topographisch-historische Untersuchung*.

Sus excavaciones (Blech 1996: 38-47), en las que siguió al punto todo lo referido por las fuentes antiguas sobre las guerras celtibéricas, tuvieron como mérito desvelar una gran parte de la planta de la ciudad (fig. 8), los campamentos de los ejércitos romanos que participaron en el asedio, exclusivo descubrimiento suyo, y un importante material, hoy en el Museo Numantino de Soria y en el Zentralmuseum de Mainz, que sirvió para conocer mejor la cultura material de aquellos esforzados hispanos. No fue, como el mismo decía de una manera un tanto pueril, el descubridor de Numancia, pues el lugar ya había sido identificado por eruditos del siglo XVIII y, con solvencia científica, por D. Eduardo Saavedra, Académico de la Historia y gran especialista en geografía histórica (Blech 1995: 40-42).

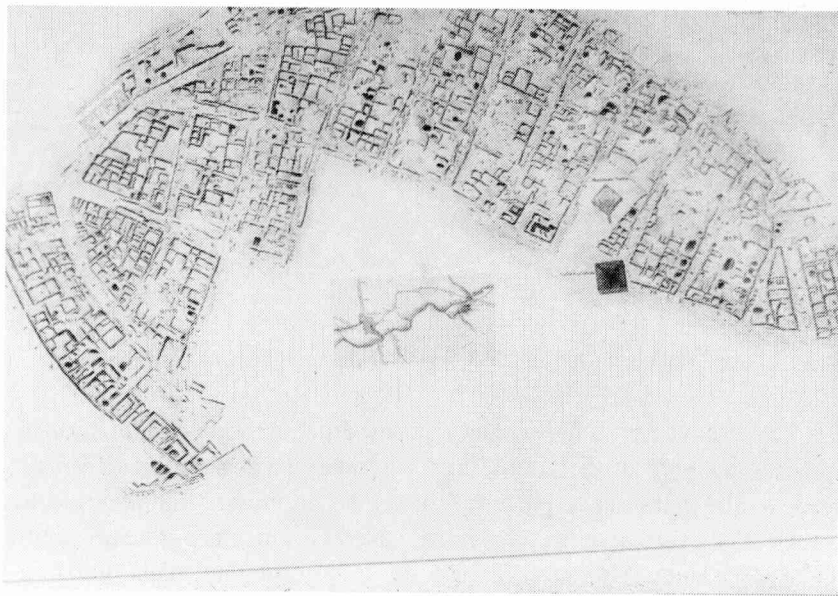


Fig. 8: Plano del yacimiento de Numancia (cortesía del Museo Numantino).

A través de la lectura de sus escritos se infiere su admiración profunda por la gesta de los numantinos, así como una cierta aversión por el imperialismo romano que llega a denostar con duras frases.

Las investigaciones sobre Numancia marcaron la vida profesional de Schulten y la orientación de sus sucesivos trabajos. En el primer tomo de la serie antes referida, *Los celtíberos en su guerra con Roma*, dió muestras de su interés por escribir una etnología de la Península Ibérica en la antigüedad. Sus estudios sobre los cántabros y astures, el último bastión hispano ante Roma, otra de sus magnas empresas en España, fue un paso más en este sentido.

Fueron varios los años que pasó visitando los lugares donde se representó por vez postrera la acción de Roma contra los hispanos y fruto de ello un libro, traducido al castellano (Schulten 1943).

Como en el caso de Numancia, le sirvió para repasar la vida y costumbres de los cántabros y astures: su geografía, etnografía, nombres, tribus. Todo lo completó con las guerras a través de las fuentes clásicas y la filología.

Sus investigaciones sobre las campañas militares de los romanos las completó con otros trabajos bien reconocidos por su método histórico riguroso. Entre ellos, su monografía sobre Viriato, traducida al portugués y sus trabajos sobre el campamento de «Cáceres el Viejo» (fig. 9), la *Castra Caecilia* de las fuentes, apuntado en cuanto a su emplazamiento por Hübner en su estancia en tierras cacereñas, pero descubierto exclusivamente por él en casi toda su estructura. Hoy el campamento romano de Cáceres es bien conocido por sus excavaciones y por las aportaciones de hace pocos años de Gunter Ulbert (1984).



Fig. 9: Efigie de Minerva hallada en el campamento de «Cáceres el Viejo» (de G. Ulbert).

Tras la Primera Guerra Mundial, que llegó a interrumpir su presencia en España, volvió y con la ayuda del Instituto de Estudios Catalanes y de unos mecenas se preparó para estudiar la *Ora maritima*, un antiguo periplo masaliota que describía las costas de la Península. Con ello, Schulten se incorporaba a la curiosa corriente cultural neo-romántica que tan bien distingue a la generación europea de la postguerra, que buscaba lo ideal tras un período difícil y desolador, tras una guerra inútil. Es el momento del recuerdo de un ideal perdido que Schulten trató en su *Die Inseln der Seligen*, que él quiso identificar con Madeira (García y Bellido 1960: 222-223).

En esta corriente hay que situar al Schulten de la postguerra, quien nunca había perdido su ideal de poder descubrir los grandes enigmas de la antigüedad, y la mítica Tartessos, entonces envuelta en la leyenda, era uno de ellos. Porque del estudio de la *Ora Maritima* surgió incuestionablemente su interés por Tartessos.

Las fuentes antiguas y las leyendas referían ese mundo legendario, ese carismático reino occidental, donde los reyes eran longevos, y en el que se había desarrollado un sistema político de primer orden, con sus leyes, y donde se habían acumulado grandes riquezas, siempre apetecidas por los púnicos quienes darían al traste con dicha civilización, la más antigua de occidente.

Una vez analizada la topografía que proporcionaban las fuentes, y deseoso de ser el primero en descubrir la legendaria ciudad, comenzó unas excavaciones en el lugar donde supuso su emplazamiento, en el denominado «Cerro del Trigo», junto a la desembocadura del Guadalquivir, en pleno Coto de Doñana, y donde no pudo hallar otra cosa que un pobre poblado de pescadores de época tardía romana y, eso sí, un anillo del siglo VI a.C., que el consideró como prueba definitiva para asegurar la ubicación; parco argumento en verdad.

Fruto de sus investigaciones fue su celebrado libro: *Tartessos. Ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens*, editado en Hamburgo, y donde trata de las fuentes clásicas que hablan de Tartessos, de la mítica Tarchsieh, de la tierra de los tirsenos, de sus relaciones con fenicios y focenses, de sus componentes culturales, de su emplazamiento, bien expresado en un plano, poco acorde con la realidad, pero donde el situó los accidentes geográficos que mencionaban las fuentes a propósito de Tartessos, que el creyó reconocer a cada paso en aquellas majestuosas tierras de Doñana.

La publicación de este libro, con los datos valiosos que aportaba y su versión al castellano, motivó a los arqueólogos españoles y desde 1924, fecha de su aparición, todos se dedicaron, como dijo García y Bellido, a la «adivinanza» de Tartessos, que se convirtió, lógicamente, en el tema estrella de la arqueología española (García y Bellido 1960: 224). Ese mérito hay que reconocérselo a Schulten.

Los numerosos trabajos posteriores, con una nueva interpretación de las fuentes, y con el aporte de los datos que iban ofreciendo las excavaciones practicadas en lugares que correspondieron al antiguo reino, fueron poniendo las cosas en su sitio. Se impuso la desmitificación de la legendaria ciudad y se pasó a considerar, con más sentido, la existencia de un reino tartesio con una serie de ciudades, algunas de ellas, por cierto, muy próximas al lugar en el que practicó sus excavaciones Schulten.<sup>9</sup>

En la línea de la geografía histórica se enmarca otra de las empresas importantes comenzada por Schulten en España, como fue la publicación, con la ayuda de la Universidad de Barcelona, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, en varios volúmenes, alguno de ellos publicado muy recientemente gracias al interés del profesor Maluquer. Las *Fontes* han constituido una importante contribución al estudio de la Península, en época prerromana y romana, y una referencia básica en todo estudio sobre estas materias. Actualmente, con los *Testimonia Hispaniae Antiquae*, que editan la Universidad Complutense y la Fundación de Estudios Romanos, con sede en el Museo de Mérida, se está revisando esta magna obra y poniéndose al día.

Por fin, también en esta directriz, justo es referirse a otra gran obra de Schulten *Iberische Landeskunde*, en dos volúmenes, donde se recogen y ordenan todos los testimonios conocidos sobre los accidentes geográficos de *Hispania*, y de los productos de su suelo y subsuelo.

En sus múltiples recorridos por España, reflejados en su última obra: *Erinnerungen aus Spanien*, en los que evoca toda una vida, cincuenta años, dedicada a la arqueología española, no dejó de interesarse por ciudades importantes como *Tarraco* y *Augusta Emerita*.

---

<sup>9</sup> Sobre la historiografía de Tartessos y la posición de la ciencia arqueológica española: Cruz Andreotti/Wulff Alonso (1991: 171-189).

Sobre Tarragona, la antigua *Tarraco*, capital hispana del Alto Imperio, donde llegó a vivir, escribió varios artículos, en los que dio a conocer su origen etrusco, una de sus constantes obsesiones, su topografía y sus museos, que critica por su abandono.

A Mérida, *Augusta Emerita*, la capital del Bajo Imperio, con ese estilo literario y hermoso que caracterizó a su pluma, la definió como la Roma española, «das spanische Rom» (fig. 10), por contar con el conjunto monumental romano más impresionante de España. De ella destaca «la paz de la pequeña ciudad muerta» y, al referirse a ella, expresa: «donde sólo dormita el presente, vive el pasado; sólo donde la vida moderna no perturba, percibe el oído del amigo de la antigüedad la voz sutil de los monumentos».

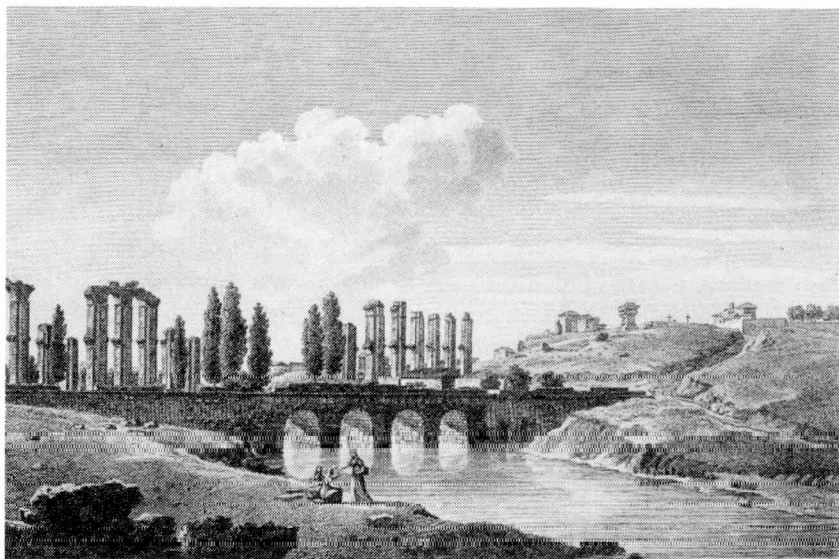


Fig. 10: Vista del acueducto de «Los Milagros», de Mérida, según Alejandro de Laborde.

Explica su conjunto monumental (fig. 11) y al Puente dedica frases magistrales, que yo elegí como frontispicio de mi libro sobre el singular monumento (fig. 12):



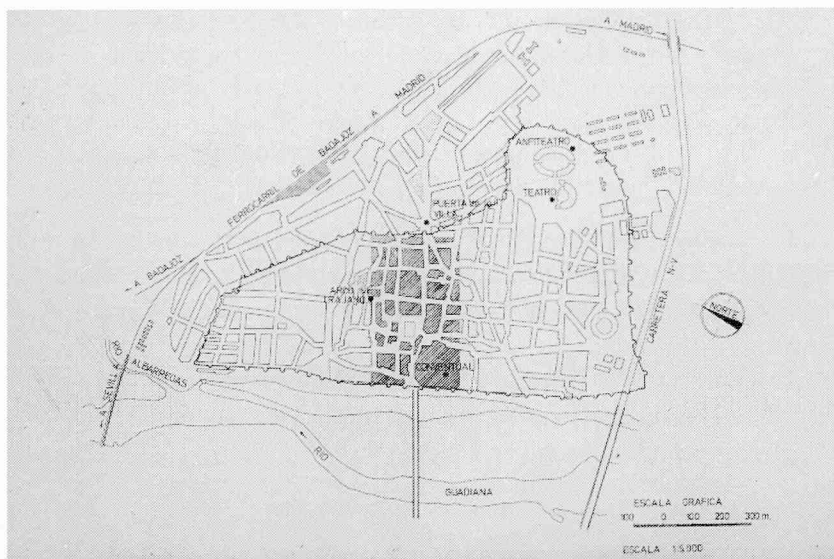


Fig. 11: Planta del recinto de la colonia Augusta Emerita.

En oscuro, el pretendido recinto fundacional considerado por Schulten.



Fig. 12: Detalle del Puente de Mérida (Foto: Álvarez Martínez).

¡Qué no ha presenciado este viejo Puente en el transcurso de los tiempos!  
¡Cuántos ejércitos habrán desfilado sobre él hacia el Sur y hacia el Norte,  
conquistadores y defensores, vencedores y vencidos, legionarios pesada-  
mente armados e iberos de pies ligeros, rubios vándalos y tostados hijos del  
desierto, férreos caballeros de Santiago y los combatientes de los tiempos  
modernos, las tropas de Napoleón y de Wellington! (Schulten 1929: 3).

El Estado español le concedió una ayuda tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial para que pudiera vivir en España. Además, fue recompensado con la concesión de la Encomienda de Número de la Orden de Alfonso XII, de la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X. La Real Academia de la Historia le nombró Correspondiente y la Universidad de Barcelona le otorgó el título de doctor honoris causa.

El, agradecido, plasmó en su epitafio:

*Adolphus Schulten*  
*natione Germanus*  
*amicus Hispaniae*

El valor de la obra de Schulten, visto lo que hemos referido, está en las aportaciones que pudo hacer a la geografía, la historia y la etnología peninsulares, a las que dedicó páginas brillantes.

En comparación con Hübner, la contribución del berlinés fue francamente fundamental para todo lo que concierne a la época romana imperial, por lo que completó la obra de Schulten, más centrada en un período anterior.

Fueron ambos, Hübner y Schulten, sin duda los dos grandes hispanistas que para el estudio de nuestra antigüedad aportó la ciencia europea, en este caso la alemana. Ambos se dedicaron a ilustrar un mundo que, si no desconocido, no se había tratado con el rigor y el método necesarios. Hübner, por su parte, según hemos podido apreciar en sus consideraciones sobre el estudio del pasado hispano, marcaba el camino correcto y animaba a abandonar esa tradición un tanto rimbombante y hueca en la que se veían sumidos muchos de nuestros estudiosos. Tanto uno como otro fueron sinceros admiradores de nuestro país, amantes de sus costumbres y supieron corresponder, más en el caso de Hübner, a las muestras de afecto que sus colegas españoles y portugueses les prodigaron.



Como contrapartida, como una consecuencia lógica del magisterio de la ciencia alemana y de sus relaciones con España, numerosos pensionados españoles, a cargo de la Junta de Ampliación de Estudios, acudieron entre 1907 y 1939 a realizar sus estudios, a formarse a Alemania. Entre ellos, destacaríamos a Martín Almagro, Pedro Bosch Gimpera, Juan Cabré Aguiló, Encarnación Cabré Herreros, Alberto del Castillo Yurrita, Antonio García y Bellido, Antonio Tovar y Luis Pericot García (Díaz-Andreu 1995: 79-89). Más tarde, esa lista se ampliaría a partir de los años cincuenta con numerosos nombres de grandes arqueólogos e historiadores como Tovar, Blanco Freijeiro, José María Blázquez, Alberto Balil, Marcelo Vigil, Julio Mangas, José Manuel Roldán, José María Luzón, Pilar León etc.

Estos contactos vivificaron la arqueología española, desde Bosch Gimpera, quizá el que más influyó en un principio en la transmisión a la arqueología española del riguroso método de la ciencia arqueológica alemana (Díaz-Andreu 1995: 80-89).

En una palabra, sí en el siglo XIX la ciencia vino de la manos de los hispanistas alemanes, en los primeros años del siglo fueron los españoles los que se acercaron allí para conocer de primera mano los métodos de investigación que se seguían en universidades y museos germanos.

Estos contactos siguieron fructificando y el influjo de la arqueología clásica alemana en la española fue cada vez mayor.

A esas relaciones vino a ayudar la creación en Madrid de una sede del Instituto Arqueológico Alemán en 1943, aunque, por motivos obvios, su andadura no comenzó hasta más tarde. Ha sido, y es, una institución que ha contribuido al impulso de la arqueología española, con el generoso ofrecimiento de sus instalaciones para la investigación, y de ayudas y becas que ha venido concediendo a profesionales españoles, entre los que me incluyo, para que pudieran seguir estudios e investigaciones en Alemania, que ha promovido excavaciones, como las de Mulva, y ha propiciado relaciones constantes entre los arqueólogos españoles y alemanes. Por el bien de todos, deseamos que esa hermandad continúe por muchos años.

## Bibliografía

- Álvarez Martínez, José María (1976): «El templo de Diana», en: *Augusta Emerita*, Madrid.
- Álvarez Martínez, José María/Nogales Basarrate, Trinidad (1988): *150 años en la vida de un Museo. Museo de Mérida (1838 - 1988)*, Mérida.
- Balil Illana, Alberto (1991): «Sebastián Castellanos de Losada, un arqueólogo español en la encrucijada de dos mundos», en: *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid.
- Blanco Freijeiro, Antonio (1977): *El Puente de Alcántara en su contexto histórico*. Discurso leído con motivo de su recepción pública en la Real Academia de la Historia el 23 de enero de 1977, Madrid.
- Blech, Michael (1995): «Schulten und Numantia», en: *Madrider Mitteilungen*, 36, Heidelberg.
- C.I.L. II (*Corpus Inscriptionum Latinarum II*), Berlin (1869).
- Cruz Andreotti, Gonzalo/Wulff Alonso, Fernando (1993): «Tartessos en la historiografía del siglo XVIII a la del siglo XX: creación, muerte y resurrección de un pasado utópico», en: Beltrán, José/Gascó, Fernando (eds.): *La antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia antigua de Andalucía*, Sevilla.
- Díaz-Andreu, Margarita (1995): «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios: Bosch Gimpera», en: *Madrider Mitteilungen*, 36, Heidelberg.
- García y Bellido, Antonio (1960): «Adolf Schulten», en: *Archivo Español de Arqueología*, XXXIII, nº 101-102, Madrid.
- García Iglesias, Luis (1975): «La hipotética inscripción del Teatro de Mérida, reconstruida por Hübner», en: *Revista de Estudios Extremeños*, 30.1, Badajoz.
- (1997): *El noble estudioso de Almendralejo. Autógrafos del Marqués de Monsalud en el archivo del Padre Fidel Fita S.J.*, Badajoz (Excma. Diputación Provincial: Colección Historia, nº 22).
- Gil Fernández, Luis (1997): *Panorama social del humanismo español (1500 - 1800)*, Madrid.
- (1984): *Estudios de humanismo y tradición clásica*, Madrid.
- Gimeno Pascual, Helena (1998): «El descubrimiento de Hispania», en: Álvarez Martínez, José María/Almagro Gorbea, Martín (eds.): *Hispania: el legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza.
- Gómez-Moreno, Manuel (1912): *Materiales de arqueología española*. 1: «Escultura clásica», Madrid.
- Haskell, F./Penny, N. (1981): *Taste and the Antique. The Lure of Classical Sculpture, 1500 - 1900*, London.

- Hübner, Emil (1861): *Epigraphische Reiseberichte aus Spanien und Portugal*, Berlín.
- (1863): «Il ponte d'Alcántara», en: *Annali dell'Istituto di Corrispondenza Archeologica*, 35, Roma.
- (1894): «Inscripciones romanas de Mérida», en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 26, Madrid.
- (1899): «Cáceres en tiempos de los romanos», en: *Revista de Extremadura*, 1, Cáceres.
- Lleó Cañal, Vicente (1995): «Origen y funciones de las primeras colecciones renacentistas de antigüedades de Andalucía», en: Gascó, Fernando/Beltrán, José: *La antigüedad como argumento*. 2: «Historiografía de Arqueología e Historia Antigua de Andalucía», Sevilla.
- Luzón Nogué, José María (1993): «La Real Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso», en: *De Gabinete a Museo. Tres siglos de historia*, Madrid.
- (1995): «Arqueología alemana en España y Portugal: una visión retrospectiva», en: *Madriider Mitteilungen*, 36, Heidelberg.
- Morán, Manuel/Checa, Fernando (1985): *El coleccionismo en España. De la cámara de las maravillas a la galería de pinturas*, Madrid.
- Moreno de Vargas, Bernabé (1633): *Historia de Mérida*, Madrid.
- Pericot García, Luis (1940): *Adolf Schulten. Su vida y sus obras. Homenaje de la Universidad de Barcelona con motivo de su 70 aniversario*, tirada aparte de *Anales de la Universidad de Barcelona*.
- RE: *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*.
- Rodríguez Oliva, Pedro (1991): «Manuel Rodríguez de Berlanga (1825 - 1909): notas sobre la vida y la obra de un estudioso andaluz del mundo clásico», en: *Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid.
- Sanguino y Michel, Juan (1901): «Hübner», en: *Revista de Extremadura*, 3, Cáceres.
- Santiago Olivares, Ana (1998): «La colaboración de Hübner en los inicios del Museo de Reproducciones Artísticas», en: *El Punto de las Artes*, 22/28 de mayo.
- Schulten, Adolf (1929): «Mérida, das spanische Rom», en: *Deutsche Zeitung für Spanien*, 14, Barcelona.
- (1943): *Los cántabros y astures en su guerra con Roma*, Madrid.
- Ulbert, Gunter (1984): «Cáceres el viejo. Ein republikanisches Legionslager in spanisch-Extremadura», en: *Madriider Beiträge*, 11, Mainz.
- Weiss, R. (1969): *The Renaissance Discovery of Classical Antiquity*, Oxford.